

BIOLÓGICAS DE VALENCIA. IV PROMOCIÓN. RECUERDOS NO APTOS PARA BOTÁNICOS

José María de JAIME LORÉN

Facultad de Ciencias de la Salud. Universidad CEU Cardenal Herrera.
46113 Moncada (Valencia). jmjaime@uchceu.es

RESUMEN: Realizamos un repaso a la enseñanza de la botánica al comienzo de los años 70 del pasado siglo en la recién creada sección de Biología de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Valencia. La labor allí desarrollada por el profesor José Mansanet Mansanet, maestro de una brillante nómina de jóvenes botánicos entre los que destacará Gonzalo Mateo Sanz. **Palabras clave:** Enseñanza de la Botánica; Universidad de Valencia; José Mansanet Mansanet; Gonzalo Mateo Sanz.

ABSTRACT: Biology in Valencia. IV Promotion. Memories not suitable for botanists. We review the teaching in Botany at the beginning of the 70s of the last century in the newly created section of Biology of the School of Sciences of the University of Valencia. The work developed there by Professor José Mansanet Mansanet, teacher of a brilliant list of young botanists among which Gonzalo Mateo Sanz stands out. **Keywords:** Teaching of Botany; University of Valencia; José Mansanet Mansanet; Gonzalo Mateo Sanz.

INTRODUCCIÓN

Conste que al principio habíamos prometido en un primer título para este mismo artículo hablar de “Recuerdos botánicos de un antibotánico”. Como veremos pronto que no es para tanto, de ahí que hayamos matizado un poco el encabezamiento.

Y es que a los estudios de Botánica en la Facultad de Ciencias de Valencia en lo que a la IV promoción se refiere, no entramos con buen pie. Después de un 1º curso selectivo a base de Matemáticas (Cálculo y Álgebra), Física, Química, Biología y Geología, cuando arrancamos 2º nos mandan desterrados a un antiguo convento que había en las inmediaciones de las Torres de Cuarte, donde se impartían las asignaturas de Botánica I, Zoología I y Citología e Histología, mientras la Bioquímica se daba en la antigua Escuela de Ingenieros Agrónomos dentro del campus del entonces llamado Paseo de Valencia al Mar, muy cerca de la Facultad de Ciencias, nuestra facultad.

Esta especie de segregación discriminatoria tenía su importancia. Digamos que mientras las disciplinas más “científicas” del tipo de las bioquímicas se daban en centros académicos digamos “universitarios”, las de carácter biológico se impartían en un “convento”. Como vemos la separación entre la biología de “bata” y la biología de “bota” hunde sus raíces con bastante profundidad.

Quien esto escribe no tenía entonces las ideas muy claras sobre lo que le gustaba o lo que le disgustaba. Había elegido la carrera encarrilado por los buenos profesores de Agricultura y de Ganadería en el viejo bachillerato del Instituto Laboral de Segorbe, así como el

ejemplo de Félix Rodríguez de la Fuente y sus magníficas series de divulgación sobre la fauna ibérica.

El caso es que, con puntualidad, nos presentamos en el Convento para las clases que comenzaban bien temprano. Primera decepción, no conozco allí a nadie. Receso de media hora para el almuerzo y, por azar, caigo en el mismo grupo donde se halla un joven muy serio y extremadamente delgado: Gonzalo Mateo. Desde aquel día mantendremos una amistad que sigue viva hoy.

Tras la primera jornada empiezo a aclararme algunas cosas. No entiendo una palabra de lo que dice el profesor de Botánica. Clase a las 8 de la mañana, medio dormido, la nube de humo de los fumadores, en aquellos bancos y pupitres corridos tomando apuntes a la velocidad del relámpago, la extrañísima jerga de la nomenclatura botánica... En fin, que no sé ni lo que escribo. Algún valiente se atreve a preguntar: “Puede repetir el nombre, por favor”. “¡Ascorcorcáceas!”. “¿Cómo ha dicho?”. “¡¡¡Ascorcorcáceas...!!! ¿Está claro?”. “Sí, sí... clarísimo”.

Como no entiendo nada, pregunto tímidamente a un compañero por el profesor. Es D. José Mansanet, de Simat de Valldigna, me dice, tiene una oficina de farmacia en la calle Sagunto y es un sabio. Debe de serlo, digo para mis adentros, pero vaya genio. Sobre todo cuando llegaba a clase después de una noche de guardia. En su beneficio hay que decir que D. José lo reconocía. “Esta noche no he podido dormir nada. Ya me disculparán ustedes”. Era elegante la disculpa.

Nosotros tampoco éramos lo que se dice pastaflora, pues a medida que transcurría la clase, entre que no entendíamos mucho lo que decía, la hora, el aburrimiento y demás, alguno soltaba una payasada. A D. José no le temblaba entonces el pulso. “¡Vd., sí, sí, Vd. salga ahora

mismo de clase!”. A veces cuando no tenía las ideas muy claras del culpable, extendía la responsabilidad a los vecinos de banco. “¡Vd. y todos sus compañeros de la mesa, hagan el favor de salir fuera!”. Se vuelve hacia la pizarra con sus dibujos, y se gira de inmediato para añadir: “¡Salgan también los del banco de delante y los del banco de atrás!”. Naturalmente, allí pagaban justos por pecadores.

La Botánica I se iniciaba con una morfología y fisiología vegetal muy general, para luego comenzar el estudio de la sistemática criptogámica, ya sabéis, líquenes, algas, hongos y demás. Nos examinaba de forma individualizada en el Jardín Botánico donde D. José pasaba largas horas estudiando y trabajando. En febrero empezaban los primeros exámenes y aprovechábamos que ese era el mes de las huelgas políticas para dedicarnos estudiar de firme. Me preparo los capítulos de generalidades y me presento una tarde en el Jardín. “D. José, que me quiero examinar”. “Pase Vd., pase. Es el primero que viene. Siéntese aquí mismo y conteste a estas preguntas. Yo estoy trabajando en mi despacho. Deje fuera los apuntes”. Así lo hago, el examen es facilito.

Y allí estaba yo contestando tranquilamente cuando D. José, desde las profundidades del despacho, de vez en cuando me preguntaba cosas. Yo creo que le gustaba nuestra compañía. “¿De dónde es Vd.?” Me pregunta. “Yo, de Calamocha, de la provincia de Teruel”. “¡Hombre, de Calamocha! ¿Y conoce Vd. la anécdota de los de Báguena?”. Yo claro que la conocía, pero como me interesaba darle cuerda al carrete le contesto que no la conozco. “¡Cuéntemela D. José!” La historia es bien simple, uno del pueblo de Báguena, cansado de la vida gris que allí llevaba decide irse a correr mundo. Se escapa de su casa una noche, y, anda que andarás, llega hasta las inmediaciones de la vecina laguna de Gallocanta. Al salir el sol, el resplandor que produce al chocar sus rayos con las aguas de la laguna le hace pensar que ha llegado al mar. Se encuentra a un pastor que había por allí con sus ovejas y le pregunta por el nombre de su pueblo. “Berruoco”, le contesta. Convencido que había llegado en su andar a tierra de moros y tomando por Marruecos el nombre del lugar, responde al pastor una frase que ha quedado para la antología de los tópicos aragoneses: “¡Yo..., yo de Baguena de España!”.

La anécdota es eso una anécdota, pero demuestra claramente dos cosas. Primero que D. José había herborizado en la zona de la laguna de Gallocanta. Segundo, que en la mejor línea de los grandes botánicos, tenía una cultura extraordinariamente amplia y una delicadeza humanística que le llevaba a recoger el chascarrillo, la copla o el dicho feliz de las zonas que visitaba.

¡Cómo se reía el buen D. José mientras me lo contaba! Estábamos a gusto los dos. En un momento dado me invita a ver las fotos microscópicas que estaba haciendo. “¿Qué le parecen a Vd.?” Me pregunta de nuevo. “¡Magníficas D. José, magníficas! Pero no sé qué es lo que hay fotografiado”. Me lo explica a continuación con todo lujo de detalles. La tarde y el examen se presentaban bien, pero faltaba el golpe final. Allí, mientras repasaba el examen, veo un fajo con herbarios de criptógamas. Los miro y elijo uno que guardo raudo en mi cartera. Ni el más completo ni el más flojo. Así, con

semejante botín, le entrego el examen y me despido educadamente. “¿Ya ha terminado Vd.? ¿No quiere quedarse un poco más?” “No D. José que tenemos muchos exámenes. Muchas gracias”.

Cuando Herminio reparte las notas tengo un 6,5 flecha 7,0. Una notaza. Pero me pasó como a los gitanos que nunca quieren buenos comienzos para sus hijos, pues todo se quedó en ese primer examen. En el segundo cuando ya tocaban las Ascorcoráceas, un 3,5 me bajo inmediatamente los humos. Y así terminé la Botánica I con un aprobadoito pelado, eso sí, sin machacarme mucho.

Otra cosa fue la Botánica II. Como seguía sin entender nada de la sistemática tomé la peor decisión que se puede tomar, dejar por completo de asistir a clase y a las excursiones botánicas. Hacía mis prácticas y con los apuntes de algún compañero me metía entre pecho y espalda toda una letanía de nombres científicos a pura memoria. Al final de curso, conforme iba aprobando los parciales por los pelos, me entraban ganas de acabar con todos los tuestos que había a mi alrededor. Hubo momento que tenía a gala olvidar inmediatamente de aprobado un examen todo lo que había estudiado. “Si quiero meterme en la cabeza nuevas Ascorcoráceas, decía a quien quería oírme, tengo por necesidad que vaciar las aprendidas”.

Error grave del que pronto iba a arrepentirme. De todas formas, para entonces tenía muy claro que me interesaba la rama de Bioquímica. Fuimos muchos los que nos dejamos ganar por los jóvenes y brillantes profesores de la escuela que estaba creando Primo Yúfera en el Instituto Agroquímico, del tipo de Conejero, Tortosa, Flores o Garro.

Ese año el problema lo tuve con el herbario de Fannerógamas. Nos pedías de 200 a 250 pliegos. Casi nada. Con la mejor voluntad del mundo lo empecé en un viaje que hice con unos amigos a Palma de Mallorca en octubre, pues me traje una veintena de plantas que parecían majas. Las pongo entre papeles de periódicos bajo unos libros gordos, tal como nos habían dicho, pero, claro, no me volvía a ocupar de las plantas hasta mayo.

Horrorizado entonces de lo que encuentro lo tiro a la basura y recurro a un compañero. ¿A quién? A Gonzalo Mateo, por supuesto, ya para entonces botánico consumado y mano derecha en clase de D. José. “Gonzalo, mira, tenemos que entregar ya el herbario y no tengo nada. Pásame 200 pliegos de los que tienes archirrepetidos”. Sí, sí, el Gonzalo de entonces es exactamente igual que el de ahora. Paternalmente me empieza a recordar que debía haber acudido a las excursiones botánicas, me habla de los principios que le impiden hacerme ese favor... Ante mi desesperación, me abre una ventana, me da una oportunidad. “Mira Chema, podemos hacer una cosa. Yo no tengo inconveniente en organizar para unos pocos una excursión botánica para facilitaros completar el herbario. Si quieres nos vamos a Eslida en la Sierra Espadán que te pillará cerca de Segorbe, y te ayudo”. “Gonzalo, que yo no necesito ayuda, que lo que necesito es un herbario entero”.

El caso es que aprovechando los días del Corpus Christi nos fuimos en autobús a Segorbe, y desde allí nos llevó mi padre a Eslida con comida de casa y una tiende-

cita de campaña para dormir. Tres días de trabajo intenso herborizando. Como tres soles. Me llevé el Bonnier y no lo abrí. Gonzalo era una máquina, cogía una planta y la determinaba con solo verle la pinta. Me vine con 250 pliegos que de inmediato entregué a Herminio para no tener ni que cambiar las hojas. Una buena nota que luego bajé, claro, en el examen práctico. Excepto las plantas más clásicas, cuando se complicaba algo me equivocaba al llegar a la especie. Era un lío aquello de ovario súpero o ínfero, lígulas pelosas o dentadas, carpelos... A veces mi determinación final estaba varias páginas del Bonnier antes o después de la buena.

Este fue mi modesta travesía de la botánica en aquella IV promoción valenciana de Biológicas. Luego volví a encontrarme con D. José Mansanet en el tribunal de mi tesina. De nuevo allí pude confirmar su sabiduría y sus vastísimos conocimientos humanísticos, pues el tema de mi tesina iba por ahí. También su elegancia y su finura espiritual. Es uno de esos maestros que uno sabe bien que ha desaprovechado en la vida. Por tonto.

Sí, por tonto, porque luego mi afición a los estudios de Historia de la Ciencia han puesto delante de mi conceptos botánicos que, de haber sido mejor estudiante de esta disciplina, me hubieran venido pero que muy bien. Así, he tenido que repentizarlos sobre la marcha o, lo que ha sido más frecuente, he aprovechado mi amistad con Gonzalo para que me resolviera siempre las dudas.

Por cierto, sin dejar todavía a D. José Mansanet, sobre su sabiduría y sobre su capacidad para transmitir a sus alumnos el amor a la botánica, bien pueden dar testimonio los discípulos que le salieron en nuestra IV Promoción de Biológicas. Y si no que lo diga el propio Gonzalo Mateo, Isabel Mateu, Ana Ibars, los dos Robertos, Lázaro y Roselló, además del malogrado Julio Iranzo. No

fue una mala añadida la de aquel curso del que salieron estos magníficos ejemplares botánicos.

Terminada la carrera, años después me presenté en el despacho de Gonzalo en la Facultad de Biológicas. Nos saludamos, nos contamos nuestras vivencias desde los años universitarios, y debo decir que reanudé una vieja amistad a vueltas muchas veces de asuntos relativos a la historia de la Botánica y a los botánicos españoles. Juntos fuimos a Alcañiz al Congreso de Botánica en homenaje a Francisco Loscos, juntos abordamos estudios sobre Carlos Pau y los botánicos turoleses, juntos hemos organizado congresos y juntos hemos asistido a varios de ellos. Por cierto, en el dedicado en Burgos a Taurino Mariano Losa, viajando en coche por tierras de Soria me espetó: “Chema, tú por qué no haces el doctorado en Farmacia?” “¿Para qué lo quiero si ya soy doctor en Biológicas? No tengo ganas de hacer más cursos de doctorado”. Le respondo. Él, que conocía bien la legislación, me indica que ya no hace falta cursarlos. Entonces le lanzo el envite: “Si quieres que haga una tesis doctoral en Farmacia, no tengo problemas para buscar un tema, eso sí, el director tienes que ser tú”. Y así fue, un año después leíamos la tesis que fue muy bien acogida por el tribunal que formaban López Piñero, Manuel Costa, M^a Carmen Francés y Benito Crespo.

En fin. Lo dejo aquí sin entrar en *Flora Montibérica* y en tantas otras cuestiones en las que hemos estado juntos. Sólo quiero terminar diciendo que si es mucho lo que he aprendido siempre con Gonzalo, mucho más valiosa ha sido la amistad que me ha brindado desde hace más de 45 años. Por todo ello, y por muchas cosas más que me guardo, gracias Gonzalo.

(Recibido el 20-IX-2018)

(Aceptado el 12-XI-2019)